

EL CONTAGIO DE LA BRUTALIDAD

❧ ❧ ❧ ❧

Días 22, 23 y 24.



EL espectáculo de tanto dolor ha hecho pasar casi inadvertidos otros sucesos, que se desarrollaron en las comunas vecinas. A las ocho de la mañana del día 22 la tropa asesinó a la población indefensa de Robermont; hasta en el cementerio mataron a varias personas que oraban en las tumbas de sus deudos. Por la noche de este mismo día tirotearon las casas en Bressoux, habiendo muertos y heridos. Yo curo en el hospital a un pobre niño que recibió cinco balazos, afortunadamente sin gravedad; pero que mucho lo deformatarán, pues un proyectil le atravesó las dos mejillas llevándose un pedazo de lengua.

La Autoridad Militar nos anuncia en grandes cartelones la derrota de los franceses en Lorena; el descalabro que han sufrido los belgas en Diest; un combate victorioso cerca de Tirlemont: han conquistado una batería de campaña, una bandera y hecho 500 prisioneros.

Nos entristece mucho saber la entrada de los prusianos en Bruselas, se efectuó el 20, según reza el cartel del día 23; entraron el mismo día de los incendios y asesinatos de Lieja. Todos estos cartelones nos hacen daño, aun cuando no los creemos. La Autoridad Militar alemana es verdaderamente muy delicada.

La ola de brutalidad llega hasta nosotros, al hospital mismo, en donde estamos, ¡pobrecillos!, para mitigar el dolor. He observado en el señor Director, belga, flamenco por añadidura, los primeros síntomas del contagio de barbarie. En la

mañana del día 24 se presentó en el establecimiento la señorita Stkía, rusa, que estudia medicina en la Universidad. Deseaba hablar con el cirujano Polis, para quien traía una carta de uno de sus profesores. Mademoiselle Stkía y yo somos buenos amigos, en las vacaciones nos enviamos postales, ella desde la Pequeña Rusia y yo de cualquier parte. Por tal razón cambiamos algunas palabras al encontrarnos en el patio, frente a la Dirección del hospital. Me contaba sus impresiones del incendio: la chiquilla pasó toda la noche en una cueva, inmediata a las casas que ardieron en el *Quai des Pecheurs*. Los ojos de mi amiga, ojos judíos, son portentosos cuando se habla de crueldad; yo los admiro en su cara larga y pálida encuadrada en un marco de cabellos rojos. De pronto la señorita Stkía cambió de actitud, bajó los párpados, enmudeció; la habría imaginado frente al

icón si no fuese israelita. Había visto en la puerta de la Dirección la mano seca y brutal del Director que le indicaba la calle. Orgullosa además de fuerza en un vencido, para con una pobre chiquilla rusa, sin preguntar el objeto de su visita.

Mi amiga no pudo defenderse, le ahogó la emoción; su sensibilidad no soporta la menor injusticia. Lloró — ¡oh, los bellos ojos eslavos! — y se alejó en la dirección que indicó la mano cruel; ¡linda figurita exótica bajo el sol estival!

El señor Director está enfermo, contagiado de brutalidad.



¡UN ZEPPELÍN, EN LA NOCHE...!

✂ ✂ ✂ ✂ ✂



OR sobre todas las miserias, inherentes al alma de la soldadesca victoriosa, tenemos el espectáculo fantástico de un zeppelin cruzando de noche la ciudad.

Mole inmensa arrojada por los dioses, rodeada de una atmósfera verde.

Nave que pasma y que hace soñar, a pesar de estar hecha para destruir. En ella clavaría con gusto el ancla de oro de mi ideal, y viviría horas miliunanochescas.

Se anuncia con mucha anticipación. Antes de él no se había oído en la creación esta voz.

Aparece primero una lucecita, una estrella que guía el pensamiento de un Rey; en seguida una

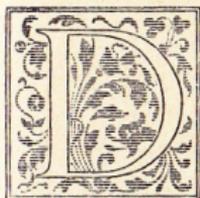
constelación; después, ¡oh, después el milagro del genio! . . .

Y la ciudad vencida, humillada, dolorida, lo ve cruzar sus dos ríos, iluminar el gallo altivo de sus campanarios, elevarse más, abrirse una puerta entre dos nubes y perderse detrás de ellas.



VENTANAS ILUMINADAS

Por orden de la Autoridad Militar no podemos salir a la calle después de las siete de la tarde. Las puertas permanecen abiertas toda la noche y las ventanas iluminadas, para descubrir a los francotiradores.



DESDE el tejado de mi casa veo toda la ciudad que principia a iluminar sus ventanas. Entre las últimas casas y las primeras colinas distingo los campos, ya sumergidos en una apacible y azul obscuridad. El silencio es absoluto, angustioso, sólo un momento lo interrumpen los cascos puntiagudos que recorren las calles.

No creo exista, para mi sensibilidad, espectáculo más doloroso que el de esta ciudad ultrajada, obligada a engalanarse por las noches. ¿Qué mejor gala que la luz?

Su silenciosa sumisión a lo inevitable, en el esplendor de la noche, me recuerda los fondos de los primitivos y, principalmente, una estampa inglesa o alemana — ¡oh ironía! — admirada en uno de mis viajes. Representaba una alcoba pequeña con camita de palisandro, cubierta desde la cabecera con una colcha de seda blanca, arrastrando los flecos de oro sobre la alfombra. Completamente oculto, sin mostrar el rostro, un cuerpecito de alguien que debió ser amado, pues manos invisibles lo habían cubierto de rosas, sobre la seda blanca. . . A los pies de la cama, junto a dos botas minúsculas, un perrazo gris mirando el relieve de rosas y de seda que hace el cuerpecito. No llora, no llora el perro, sus grandes ojos, dulces e infantiles, miran solamente. Detrás del animal se abre una ventana sobre el parque: se ven las avenidas de arena roja, los árboles, la reja aristocrá-

tica, y el sol bañando todo en luz potente, maravillosa luz del mediodía. ¿Qué pensará el perro, que no va al parque? . . .

La tristeza de la estampa expresa muy bien mi modo de sentir esta guerra, mezcla de muerte y de vida. ¡Nunca habíamos tenido verano más hermoso! Hoy la noche es bellísima; pero en la ciudad todo es triste: esas ventanas que no están iluminadas para una fiesta, que se han encendido después de los hombres fusilados, de los jóvenes quemados y de los niños carbonizados; esas ventanas son una oración infinita en el silencio de la noche. Cada casa habla de otra vida.

Por la calle pasan los uniformes grises — el mismo color del perro, pero no igual bondad —, son los hombres a quienes antes de la guerra recibían los belgas con las manos abiertas, en esas mismas casas iluminadas como ahora, en las noches de

Navidad; entonces los alemanes jugaban con los niños y les hacían desgranar la sarta de sus risas por los balcones.

De todo eso sólo queda la belleza admirable de lo noche, ¡noche mía!, jamás hollada por ningún invasor.

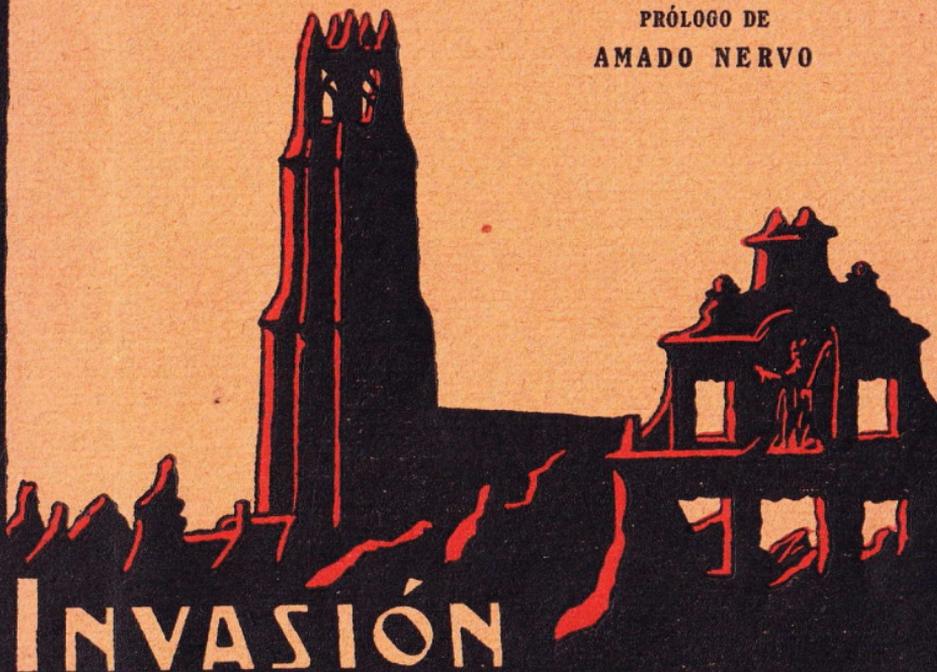


FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

VOLUNTARIO DE LA CRUZ ROJA BELGA

**PALABRAS DE
FRANCISCO VILLAESPESA**

**PRÓLOGO DE
AMADO NERVO**

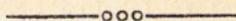


INVASIÓN

**y CONQUISTA
DE LA BÉLGICA MÁRTIR**

FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

VOLUNTARIO DE LA CRUZ ROJA BELGA



Invasión y Conquista de la Bélgica Mártir

==== PALABRAS DE ====
FRANCISCO VILLAESPESA

==== PRÓLOGO DE ====
AMADO NERVO



FRANCISCO BELTRÁN
LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
16, PRÍNCIPE, 16 - MADRID